

Breve historia de amaneceres

Los primeros amaneceres de mi tierra pierden su resplandor en la lejanía de los tiempos. A pesar de lo cual, los huesos de los cazadores de Atapuerca y las escenas de vivo colorido en las cuevas de Altamira y Tito Bustillo son destellos de su luz.

Quizás el siguiente amanecer proceda de la lejana Asia marcando con firme carácter y recias voces las verdes y suaves lomas del País Vasco, al oeste de los Pirineos.

En otras ocasiones el amanecer procede de luces y destellos cruzados, de variadas fuentes autóctonas y celtas. Trajo consigo la fantástica aparición, más o menos amplia, de la vida familiar bajo un mismo recinto y un mismo techo, al margen de cuevas y refugios. Es decir, los castros, el inicio de la vivienda construida.

Bajo la luz del amanecer fenicio descubrimos el mercantilismo y emigramos de Tierra de Conejos a la prometida Hispania, donde inició su largo recorrido nuestro País de Pueblos. Grecia lo completaría abriendo las entrañas de nuestra tierra en busca de metales, nos dejaría para siempre muchas voces, y Cartago nos unciría a un mundo de fatídicas alianzas.

Sin embargo, el amanecer más luminoso, persistente y cercano tendría su origen en Roma. En su luz nos llegarían sonidos y palabras bellas, que vestirían de gala nuestra voz. De su mano vendrían la ciencia, la Voz y la Palabra de Dios.

El amanecer árabe dejó su luz en Córdoba. El más insignificante punto de la Mezquita nos guía en mil juegos de arcos a un único Centro. ¡Maravillosa metáfora de que hombre y creación llevan a Dios! Pero también nos dejaría sombras, tensiones y contradicciones.

El amanecer americano, intenso y prolífico, alternó y cruzó resplandores de ida y vuelta. Acercó dos mundos. Llevó mestizajes, conocimientos, lengua, y fe y trajo expolios, nuevas voces para nuestra lengua e inmensa variedad de plantas para nuestro sustento.

Los amaneceres cincelaron de colores las montañas, valles, ríos y mares de mi tierra; configuraron la genética de sus hombres; pusieron voz a sus voces, canción a sus cantos y fe en sus oraciones. ¡Dios mío, que no se detengan los amaneceres!

Mayo, 2011

César Herrero Hernansanz